

Por junio era, por junio

JOSÉ JAVIER AMORÓS AZPILICUETA

"Hay un gran trayecto entre el dómíne Cabra y el delegado de curso. Lo malo es pasarse, con tanta junta, tanto comité y tanta reunión y que no haya tiempo para estudiar nada, ni para mirar un libro que no sea el libro de reclamaciones. Ya es sospechoso que el texto publicado en el BOE recoja dieciocho artículos con los derechos de los estudiantes y sólo dos con los deberes (1). No siempre lo contrario de algo malo es bueno: puede ser igual de malo o incluso peor. Pasar de su majestad el profesor a su alteza el alumno puede ser grave, y en cualquier caso debiera haberse contado con los que enseñan, que son el elemento estable de la educación, en la misma medida que se ha contado con los que aprenden, que son los eventuales. Aunque no se haya votado en las Cortes, la ley del péndulo sigue rigiendo entre nosotros". MANUEL ALCÁNTARA

1. SU ALTEZA EL ALUMNO

¡Ah los estudiantes, con su fino olfato para las revoluciones innecesarias! Las tasas y las cosas.

El poder dura gracias a una sabia administración de la demora. Un gobierno diligente resultaría, a la larga, un gobierno irrelevante, demasiado doméstico y cotidiano, como una madre o como el pan. Nadie concede importancia a lo que tiene fácilmente al alcance de la mano, lo mismo si se trata de un derecho fundamental que de una albóndiga. El secreto de un gobernante estable es el sentido del tiempo. Saber soportar, sin inmutarse, los primeros gritos, los primeros insultos, las primeras piedras, convencido de que, una semana después, todos sus despropósitos habrán sido olvidados. El pueblo es inconstante y los periódicos trabajan acuciados por el instante que pasa. Un delito saca otro delito y una mentira nueva hace olvidar la anterior. Mañana, otros robarán o mentirán o defraudarán, y él volverá a ser inocente. Las democracias modernas basan sus programas en la seguridad de que, los buenos ciudadanos, sólo piden libertades públicas y virtudes teologales, que son

pedidos que pueden esperar. Por eso, el poder está contento con su pueblo, porque no le pide soluciones sino valores. Es en el terreno de los valores donde el poder se desenvuelve mejor. ¡Qué vulgaridad política pedir sopa, mantas, trabajo o antibióticos! "Los líderes de la especie humana, considerados en líneas generales, son muy asnos —dice Camilo José CELA— y todavía no han descubierto que lo que quiere el personal es comer caliente y dormir con alguien; todo lo demás son trastornos nerviosos".

Los estudiantes viven atendidos a la vida y quieren que se resuelva ahora mismo lo que debe ser resuelto ahora mismo. No les interesa que construyamos juntos el futuro, sino que reparemos juntos el presente. Y salen a la calle, desplegados al viento los últimos restos de inocencia. Ignoran que, con la cólera del pueblo, construyen los políticos su magnanimidad. Un excesivo ardor revolucionario es malo para la causa. Conviene que los estudiantes tengan presente el consejo de TALLEYRAND a sus diplomáticos: "Y, sobre todo, nunca demasiado celo". Durante la revuelta estudiantil de 1986, los estudiantes de París se arrojaban al

(1) Se refiere el gran escritor malagueño al Real Decreto n.º 1543/1988, de 28 de octubre (BOE n.º 309, de 26 de diciembre de 1988), por el que se establecen los derechos y deberes de los alumnos en los centros docentes no universitarios. A los derechos se dedican los artículos 6 al 21, y a los deberes, el 22 y 23.

Sena en señal de protesta. Pero una revolución empieza a tener sentido cuando se arrojan al Sena los ministros y no los estudiantes.

La mayoría de las revoluciones carece de grandeza, porque en ellas abundan los líderes y escasean los héroes. Héroe es quien está dispuesto a derramar hasta la última gota de su sangre por una causa que considera justa; líder es quien ha dispuesto que los demás derramen hasta la última gota de su sangre por una causa que a él le resulta provechosa. Un líder es una enfermedad social, que sólo nos deja en paz cuando le damos un cargo o unas monedas, como los pobres de semáforo. Pero no debe incitarse a nadie a la rebelión. Hay que ser económico con la sangre y la libertad de los demás, recomendando al maestro Albert CAMUS. Si los líderes necesitan víctimas, algunas vísceras para dar color al paisaje, ¿por qué no usan las suyas? ¿Por qué no se inmolan ellos y le cuentan luego al pueblo qué se siente? En su exhortación de 1906 a los jóvenes bárbaros de Barcelona, el emperador del Paralelo resumía así el objetivo de todas las revoluciones: luchad, matad, morid. Esto es: luchad *vosotros*, matad *vosotros*, morid *vosotros*; yo tomaré algo, mientras. A la gran fiesta de la justicia y de la libertad, LERROUX aportaba generosamente la fuerza expresiva —tan necesaria en tiempos de crisis—, mientras que su distinguido público ponía la vida y el sepelio. Es propio de líderes empezar pidiendo dimisiones en la juventud y acabar pidiendo créditos, en la edad madura, para su propio negocio. Dany el Rojo, por ejemplo, terminó vendiendo coches de lujo, después de haber empezado vendiendo recetas vulgares contra el fracaso escolar, en el mayo francés del 68. Entre tanto, los héroes supervivientes toman el sol junto a los contenedores de basura, en busca de repuesto para su pata de palo.

¡Ah los estudiantes, ese poder romántico! Ese poder número 40 ó 400 del escalafón, que ya estaba ocupado por los tres poderes clásicos, más la

prensa, los sindicatos, los partidos políticos, las asociaciones de vecinos, los profesores, los empresarios, los bancos, Julio Iglesias, los piquetes informativos... Ya no queda gente para obedecer. Ser subordinado, hoy, es un detalle original.

Como en un autobús repleto, los estudiantes han ido abriéndose paso a codazos entre tanta gente que manda algo. Y he aquí que tienen reconocidos derechos y libertades que eran literatura hace sólo veinte años. Han conquistado prerrogativas y ventajas que les dan apariencia de poder. De poder transeúnte, ciertamente, pero ¿qué poder no lo es? Se le escucha, se les halaga, se les teme, incluso. Algunos profesores y algunas autoridades —¿algunos o muchos?— temen su desaprobación. Ajustan su comportamiento a la opinión de los estudiantes, les adulan, les dicen sí a todo, por temor al desacuerdo, a la descalificación. Es lo que Julián MARIAS llama "corrupción de mayores", que "ha introducido una ola de inautenticidad de abajo arriba, esterilizadora, porque no se puede hacer nada interesante desde fuera de uno mismo. Cuando se suplanta la personalidad propia por otra, en el fondo *impuesta*, no se puede esperar nada". Podría pensarse que los estudiantes han conseguido su estatuto en contra de los profesores, a pesar y a costa de los profesores. ¿A eso ha quedado reducida la Universidad, a una lucha de clases? Profesores y alumnos, ¿tienen en la Universidad intereses diferentes y contrapuestos?

En un artículo publicado en La Codorniz —la revista inolvidable que nos dio de reir a tantos estudiantes— contaba PITIGRILLI la anécdota del joven desasossegado que, en el cine, toma asiento al lado de una elegante y atractiva señora. Al rato, la dama nota la mano del vecino en su pierna, pero sigue mirando a la pantalla, sin inmutarse. Animado por lo que juzga un signo de aquiescencia, el deportista prosigue su excursión hasta donde, razonablemente, parecía terminar el camino. Y, en ese punto, la elegante señora vuelve

su rostro hacia el infractor y le dice con un tono de voz indiferente: – Y ahora, ¿qué?.

Supongamos que los estudiantes siguen ascendiendo –pierna arriba– hasta conseguir todo el poder, todo el halago, todo el temor. Y entonces, ¿qué? ¿Serán, por eso mismo, más sabios? ¿Más altruistas, más responsables? ¿Serán más cultos, más equilibrados, más trabajadores? ¿Serán, al menos, más jóvenes? ¿De qué sirven tantos medios sin un fin al que aplicarlos? ¿Es un fin liberar en diciembre la tercera parte de la asignatura, negociar con el decano las fechas de los exámenes o hacer de la asistencia a clase una libertad pública? ¿Para eso nacieron Bolonia o Salamanca y han existido la Institución Libre de Enseñanza o la Residencia de Estudiantes? Es la suya una revolución de funcionarios.

Los estudiantes agotan sus fuerzas –mientras un mundo mejor se desangra por sus jóvenes venas– para conseguir un parcial más, una tasa menos, un voto que decida las elecciones a jefe de algo, que siempre decepciona; el jefe y el voto. Y cuando pasen los años –ya todos funcionarios, divino tesoro– y recuenten melancólicamente los cabellos perdidos, descubrirán que no había más que dos revoluciones verdaderamente importantes: la revolución de la inteligencia y la revolución de las emociones (un solo dios en dos personas distintas). Pero esas, ¡ay!, no se hicieron nunca porque para ellas no surgieron líderes, ni héroes, ni público. Para hacer esas revoluciones hay que “tomar partido por el individuo contra todos los sistemas” (Elia KAZAN). Es preciso revalorizar al individuo, en la Universidad. El estudiante debe aprender a individualizarse, que es lo contrario de diluirse en un despersonalizado “colectivo” que disimule su eventual incompetencia en algunas materias. Ese humanista moderno que fue Soren KIERKEGAARD no se cansó de proclamar la riqueza infinita de la existencia individual. “Basta con ser *resuelta-mente hombre*”, escribió. Y serlo su-

pone, para él, elegir por sí mismo y hacerse responsable de sí mismo. “Si tuviera que pedir que pusieran una inscripción en mi tumba, no querría más que ésta: *Fue el individuo*, y si aún no se comprende esta palabra, algún día se comprenderá verdaderamente”.

Para cambiar el mundo, hay que empezar cambiándose a uno mismo. El mundo está como está porque todos damos únicamente lo que tenemos. Un pueblo ciclotímico produce un gobernante ciclotímico. ¿O es al contrario? ¿De qué aprovecha al estudiante el control de las elecciones o de las fechas de los exámenes, si no sabe controlar sus emociones? ¿Si cada vez que se alza con los despojos de un aprobado es a costa de una dura y minuciosa agonía, en el examen, antes del examen y después del examen? Si los estudiantes fueran un producto soluble, durante un examen se irían disolviendo lentamente, hasta que sólo quedara en el aula un mínimo lago, una lágrima comunitaria por el sentimiento trágico de la vida. “Hasta aquí llegó el agua en el examen final de Derecho Canónico 1994”, rezaría una placa conmemorativa. Y pelillos a la mar.

El Profesor RODRÍGUEZ DELGADO se sorprende de que la Ciencia de la Felicidad esté tan descuidada, y aun lo considera un error histórico, que debe ser rectificado. “La educación que recibimos, tanto en nuestras casas como en las escuelas y en los medios universitarios, nos enseña habilidades manuales, profesionales e intelectuales, ofreciéndonos conocimientos en múltiples ramas del saber. Estudiamos matemáticas, electrónica, informática, idiomas, geografía, historia y otra serie de disciplinas, pero ¿cómo aprender a ser más felices? ¿Quién nos enseña los datos y las tecnología adecuadas para este fin? ¿Cómo es posible dedicar tanto tiempo y esfuerzo a educar mentes y cuerpos, descuidando nuestra vida emocional?”.

El acto supremo de la inteligencia es la felicidad y no la reforma del De-

recho de familia. La inteligencia siempre desemboca en el humor; y si no desemboca, es una inteligencia artificial. El humor, por su parte, es la más alta forma de la cortesía, si hemos de creer a BIOY CASARES cuando recuerda la observación del poeta italiano Umberto SABA. La inteligencia, por tanto, tiende hacia los demás, conecta al hombre con sus semejantes. Con la inteligencia y las emociones adecuadamente revolucionadas, se puede pasar el invierno sin temor.

La escritora inglesa RICHMAL CROMPTON, creadora de aquel pequeño anarquista llamado Guillermo Brown, acostumbraba decir que lo sentía mucho por los alumnos de las escuelas de hoy, porque tienen tan pocas normas en sus centros que no pueden conocer la emoción de transgredirlas. El único consuelo revolucionario del estudiante moderno es contravenir los mandatos de sus líderes.

Y después de todo, ¿qué otra cosa que merezca la pena se puede ser, sino estudiante? Hasta un profesor es un estudiante perpetuo que estudia por libre.

¡Ah los estudiantes, esa pasión inútil que hemos amado tanto!

2. SU MAJESTAD EL PROFESOR

El aula es un campo de cabezas abatidas, como están los trigales cuando sopla el viento. Desde el estrado, el hombre de la guadaña calcula las dimensiones de la catástrofe. Por los pasillos, silenciosos como indios, caminan los vigilantes. No se les oye llegar ni se les oye alejarse, y los estudiantes piensan—entre el fragor de sus propios extrasístoles— que el comportamiento profesional de la muerte no puede ser muy distinto. Morir es ser sorprendido: en un cruce, en un quirófano o en un examen. Y la orgullosa frente, humillada ante un folio inescrutable. La orgullosa frente revolucionaria, que ayer, no más, desafiaba al mundo desde ese ho-

rizonte de cubalibres y litronas donde se pone el sol del imperio. Los más fuertes de espíritu levantan fugazmente la vista, por si es buen momento para el delito. Pero ¿quién puede saber cuándo el hombre o la mujer prudentes deben copiar y cuándo abandonar toda esperanza sin que les tiemble la pluma? Son cosas que no se explican en las aulas por su misma dificultad metafísica. De la ignorancia del Derecho se puede salir en cualquier momento, pero hay pocas salidas para la necesidad. Y no deberíamos entrar en la Universidad para aprender asignaturas, sino para encontrar salidas a la necesidad.

El examen, tal como lo conocemos, es un juego con las cartas marcadas; un ejercicio de estrategia entre fuerzas hostiles. Profesores y alumnos representan, en un examen, intereses enfrentados, y se aprestan al combate cubiertos hasta la guarnición. ¡No copiarán! ¡Ya lo veremos! Y la batalla empieza. El examen es un grupo ocasional constituido para la frustración. ¿De qué sirve, entonces, el examen? ¿A quién beneficia, si no beneficia a nadie? "El contenido básico de un examen sigue siendo el examen en sí. Los contenidos de la materia impartida a lo largo del curso son intrascendentes en la medida que representan valores de trueque con los cuales se alcanzan las calificaciones, en último término lo único que importa" (citado por ENZENSBERGER). El sistema sigue orientado al desarrollo de conocimientos y no de capacidades, sin tener en cuenta que el analfabeto de mañana no será el que no sepa leer; será el que no haya aprendido a aprender. Aprender a aprender es aprender a indagar (Alvin TOFFLER).

El estudiante no vive el examen como una verificación razonable del saber teórico y práctico, orientada a su crecimiento intelectual, donde puede poner en juego su imaginación y su personalidad; el estudiante vive el examen como el ejercicio de un poder, que se le impone sin ninguna participación suya. Ahora, es el alumno el que teme. Una palabra del profesor, y enrojece la

tímida virgen rubia. Un sermoncito en voz baja, y el caudillo progresista llora por sus pecados, culpable y descubier- to. Un gesto, apenas, y el veterano luchador de cien convocatorias abandona el aula, con la deportiva convicción de que "pudo haber sido".

Enseñar no es examinar. Enseñar es amar. La enseñanza es una forma de amor; en último termino, y según GOETHE, aprendemos sólo de aquellos a quienes amamos. Para entender esto, es preciso haber tenido maestros en la Universidad. El examen, tal como lo practicamos, es una tarea prosaica y segundona, más propia de funcionarios de la enseñanza que de profesores. En el origen de toda especialización científica, suele haber un afán, más o menos explícito, por imitar a un modelo humano, que eso es, en definitiva, un maestro.

Desde siempre, la Universidad juzga a quienes aspiran a ser profesores por los conocimientos que acreditan en un área del saber, por la erudición especializada de que hagan gala, y por varios kilos de literatura profesional, más o menos publicada y tantas veces de dudosa utilidad. Ni una palabra sobre el *tipo humano* del profesor universitario y la necesidad de que los candidatos se aproximen a él lo más posible. En cambio —y sigo a Julián MARÍAS en un artículo publicado hace once años, que debería declararse de lectura obligatoria en todos los tribunales de oposiciones— interesa primariamente el saber, la competencia o la dedicación, cuando, tratándose de la enseñanza, todo esto es menos importante que algo previo: el *tipo humano* del profesor, la "psicología del individuo", en feliz expresión del inimitable JEEVES. Ser profesor es, resumiendo la tesis del ilustre discípulo de ORTEGA, una variedad del modo de ser hombre o mujer, distinta de la que exige ser ingeniero o arqueólogo, que debe influir en la persona que ejerce esa profesión, que ha de transformarla y configurarla. "Contagiar el pensamiento, pensando ante los estudiantes

y con ellos, es la función primordial del profesor, la única que justifica su existencia. Si no. ¿para qué? Hay libros y ensayos y artículos y mapas y bancos de datos. Todo está mejor y más completo en ellos. Lo que no está es el entusiasmo, el gusto por las cosas, una viva fruición por ese mundo extraño que se llama de las ideas. En esos materiales no hay respeto, ni veneración, ni ese sacro estremecimiento que suscita la verdad entrevista o recién descubierta". Hay que tomar partido por el tipo de profesor universitario que trata de evitar que sus alumnos cierren el cerebro al dejar la Universidad, como se cierra una casa abandonada, para limitarse a trabajar y esperar, que es la cara sórdida de la condición humana.

El examen, en su versión más rutinaria e improductiva, conduce a la desintegración de la personalidad. Durante su paso por la Academia, el estudiante se ve solicitado por tres modos distintos de ser estudiante (que son tres variedades del modo de ser hombre o mujer, no hay que olvidarlo):

a) El estudiante como individuo. Aparece compuesto de cuerpo y alma (o de lo que haga las veces del alma para quienes no crean en estas cosas), y tiene el trato agradable. Suele ser risueño y un punto melancólico. Nada hace presagiar en él la fase b).

b) El estudiante como revolucionario, en su triple acepción de *romántico*, *robespierre* y *sansculotte*. Es el estudiante contado de diez mil en diez mil. Cuando, con ocasión de acontecimientos históricos y cosas así, los estudiantes avanzan en masa hacia el observador para entregarle un folio con sus justas reivindicaciones, las almas pasan a un discreto segundo plano y todo adquiere una preocupante evidencia muscular, capaz de engendrar los mejores propósitos. Unos miles de estudiantes quejosos componen una realidad física que no mueve a la reflexión, sino a la acción. Ningún profesor se limitaría a acariciarse la barba entrecana y encender la pipa si desembarcan en su despa-

cho, pongamos que cincuenta mil estudiantes. Son demasiadas caras de aspecto resuelto y demasiados ojos febriles de quienes han cavado en este mundo muchas tumbas para filósofos. "Res, non verba" es el lema de la humanidad contada de millón en millón, y eso es lo primero que aprende un profesor al ganar las oposiciones y un ministro al ocupar el sillón.

c) El estudiante como examinando, o estudiante en éxtasis, o estudiante parcialmente difunto. Surge como consecuencia de una crítica a la fase b) y de una degeneración sistemática de la fase a). O sea, la nada. Durante el examen, los estudiantes no son muchos y varios, sino uno y el mismo. Son un

alma y un solo pensamiento; una única y común alma atormentada y el pensamiento angustioso de acabar cuanto antes y salir a los espacios abiertos. Junio, esa Dalila neurasténica, les corta a los estudiantes los vigorosos cabellos y los deposita en el aula, amansados y doliente. El más modesto becario podría arrojarles a la cara un programa de la asignatura, sin conseguir de ellos ni un gesto de reproche.

Unos años después, la empresa privada o la función pública apagarán definitivamente el viejo fuego, y seguiremos languideciendo en una ordenada sociedad de votantes cautivos. Son las consecuencias de tanto tiempo haciendo de la Universidad un *examinadero*.